

de la universal vida. En el poema del uno gimen todos los siglos, y en el poema del otro todos los seres; en el poema del uno se recorren todas las páginas escritas desde el nacimiento de la luz en la Biblia hasta el nacimiento del papel moneda en las cajas de los judíos; y en el poema del otro se ve la esencia de todos los elementos, desde la que se levanta de las aguas hasta la que se levanta de las lágrimas. Entre estos dos poemas, que el uno abraza la historia y el pensamiento, mientras el otro abraza la naturaleza y la vida, cabía un tercero que abrazara la sociedad y sus luchas. Acaso había reservado el siglo esta grande gloria á mi patria, según colijo del hermoso vestíbulo trazado por la inspiración de nuestro Espronceda, y que se llama el *Diablo mundo*, obra no acabada, no concluida, como no está aún acabada, como no está aún concluida la construcción de nuestra sociedad. El poema de Goëthe y el poema de Byron concluyen ambos en la muerte. El poema de Goëthe y el poema de Byron tienen junto al protagonista, su compañero inseparable, el mal. Sólo que Byron, como eminentemente individualista, lleva el mal como un verdadero cáncer de su conciencia y de sus entrañas; lleva el mal encerrado dentro de su pensamiento, pegado como una piel de fuego á sus carnes; difundido como plomo hirviendo, como corrosivo infinito, por su sangre; dibujado con todas sus deformidades y todos sus horrores en las retinas que, á manera de dos soles de tinieblas y de muerte, manchan y desgastan todas las cosas. Goëthe, no; Goëthe es el filósofo que observa el mal y que lo acepta en el límite de la naturaleza y de la vida humana, como un compañero inseparable del bien, como la antítesis que determina la tesis, como la sombra que sigue á la luz, como la fiebre que resulta del exceso de la vida, como el aguijón que liba la miel, como el dolor que pare, como la duda que crea, como la negación que define y afirma. Byron siente el mal y Goëthe lo piensa. En la esfera del sentimiento la contradicción del bien y del mal existe. Byron va, pues, en una nube tempestuosa, donde batallan dos electricidades opuestas; que ambas le sacuden con todos sus manojos de rayos todos los nervios, y le encienden con su fuego invisible toda la sangre. Goëthe, inmóvil como el Júpiter de Fidias; forrado con el bronce de toda la vida humana; puesta en las alturas de la Historia, ve con indiferencia completa pasar el mal como una nube, que si oscurece cierta porción de tierra, también refresca y refrigera otra; como una duda que, si conturba un instante á los espíritus apocados, acera y prepara á la verdad los espíritus vigorosos; como una ironía, que si quita solemnidad al canto eterno del arte, también le da esos tonos varios y discordes, sin los cuales no podrían resaltar los colores en el cuadro del alma. Cuando se piensa superficialmente; cuando no se entraña la idea en el fondo de la vida, se suele decir: ¿á qué estos poemas, desenlazándose el uno en el sepulcro y el otro en la eternidad? Pero sois ciegos de corazón, ciegos de espíritu, siempre que os revolvéis airados contra estas grandes obras del dolor y del martirio, contra estos grandiosos espejismos que para un siglo son fantasmas y para otro siglo son ideas. Sin la contradicción no tendríais la verdad, como sin el traba-

jo y la lucha, no tendríais la vida. La historia de la ciencia es una prolongada serie de ecos diversos. Así que nace un genio preguntando, nace otro respondiendo. Sin la desesperación de Job no hubierais tenido el bálsamo del Evangelio. Sin las maldiciones del Prometeo de Esquilo no os hubierais sentado al banquete de Platón. Sin la duda de los sofistas, Sócrates no hubiera podido revelaros la conciencia humana. Sin la ironía del Voltaire, que desgastaba un mundo, los profetas de otro mundo no hubieran subido, coronados de ideas, á la tribuna de la Asamblea Constituyente para confiar al huracan y á la tempestad el germen divino de los derechos del hombre. Se entra en la verdad por la duda, por la desesperación, como se entra en la vida por el dolor, con las lágrimas en los ojos y los sollozos en el pecho, el que nace sin llorar nace muerto. El siglo que no duda es porque no pregunta, y se necesita importunar á la verdad con preguntas, como á Dios con oraciones. Por uno de esos poemas llegaremos á saber que somos los hombres estos reptiles tan impotentes para subir como para bajar en la escala de la vida, idénticos con el Universo; por otro de esos poemas sabremos que este espíritu invisible, impalpable, semejante al aliento de un moribundo, este espíritu humano es uno con toda la Historia, uno con todos los siglos y puede aspirar á la eternidad. La verdad es que ambos poetas sacan de las cosas creadas, de su barro, la miel de su ideas. La verdad es que, después de haberlos leído, después de haber destrozado vuestro corazón con sus dolores, vuestra inteligencia con sus dudas, vuestra fe con sus negaciones, deducís la enseñanza moral de que, en la realidad grosera, manchada, discorde, no está la vida ni la verdad, sino allá en las cumbres eternamente serenas de las esencias inmortales. Y así como, después de las sombras de la noche, el mundo recibe más alegre, más renovado, más cantar la visita del sol que devuelve sus colores á las plantas, su voz á las aves; después de haber pasado su espíritu por estas hondas cabernas del pensamiento, veis asomar la faz de Dios, que devuelve la facultad creadora, la fe vigorosa con su luz invisible, pero penetrante, á vuestra alma. En todos esos poemas hay dos coros de ideas, uno que se sumerge en las sombras, que canta en las tempestades, que es el sollozo de los seres limitados revolcándose en el mal, y otro que se alza á la luz, que repite las armonías de las estrellas, y que tiene la vista fija, como las Concepciones de Murillo, en la contemplación del Supremo bien. Muchas veces, muchas os habrá sucedido en la vida, andar bajo una nube espesísima cuando discurrís por las grandes montañas, sentir sus tinieblas cayendo como un sudario sobre vuestro cerebro, un rayo dando chasquidos como el látigo de la muerte á vuestro lado, y después vencer aquella cuesta, acercaros á la cima y descubrir el cielo azul sobre vuestras cabezas, el sol resplandeciente reflejándose en el caudal purísimo de la nieve, y del otro lado la nube como un vapor indeciso con el iris sobre sus alas. Así vienen á ser estas grandes obras de arte. Cuando el desgraciado Manfredo de Byron ha concluido su batalla con los elementos; cuando su espíritu inquieto lo arrastra hacia el mundo invisible; cuando sólo

queda de él un despojo yerto, yo dejo el libro con el corazón oprimido por el dolor, con los ojos caldeados por el ardor del pensamiento, y en seguida, por una contradicción natural en el ánimo, veo brillar la Inmortalidad, como la Virgen Madre que se presenta á los muertos, esos recién nacidos, y les enseña con sus dedos rosados, como los dedos de la Aurora de Homero, la mansión etérea de la eternidad escondida en los arreboles del cielo iluminada por la presencia de Dios.

Extraño genio, en verdad, lord Byron normando, sajón, británico, individualista; y, á pesar de todos estos caracteres particularísimos, universal. Cuando nos describe el palacio de un gobernador de Albania; el patio de mármol, en cuyo centro salta el surtidor sombreado por los cipreces con las oscuras ramas cargadas de jazmines y de rosas, que han trepado hasta su copa; el ejército de esclavos y de soldados, griegos unos, negros otros, vistosos todos por sus trajes, feroces todos por su continente, cargados todos de armas; cuando aplica el oído para escuchar al través de los muros si el corazón de la pobre mujer mahometana palpita fuertemente en la jaula del harén, si suspira su corazón destrozado por la soledad y por los celos, cualquiera cree leer un poeta de Oriente. Pero, de pronto, sus ojos se nublan, su corazón se estremece, la tempestad que ha mecido la cuna de su raza le persigue, las nubes que fueron las madres de los normandos le abrumán, el viento silba como un clarín en sus oídos, acostumbrados al mugir del oleage, al grito del ave marina; los dioses hechiceros semejantes á bandadas de murciélagos, resucitan en tropel por las oscuras cavernas de su alma; y entonces, á la luz del relampagueo de su conciencia, describe ese día en que el sol no vino á la tierra y los hombres abrasaron todas las cosas combustibles para alumbrarse hasta que todos murieron envueltos en cenizas; jigantesco recuerdo de aquellos apocalipsis escandinavos inspirados por las eternas sombras de las noches polares, á los bordes del Norte. Pero el aire se aclara; la luna se levanta extendiendo sus velos de argentada gasa; las costas se bajan y se dibujan como si fueran un abierto escenario; la menuda arena las dora, y en la arena resaltan las conchas brillantes como fragmentos de ópalo; el agua celeste, ligeramente rizada por las brisas, se conmueve al salto del juguétón delfín y al roce de las ligeras alas de la gaviota; por las hendiduras de los valles la adelfa crece entre las piedras y se abrazan la vid y la higuera; por los límites del horizonte se confunden el cielo y el Mediterráneo, mirándose el uno al otro, devolviéndose mutuamente sus reflejos; y en aquella soledad tan poblada de voluptuosos encantos, se pasean Don Juan y Haydee, convirtiendo las cavernas en palacios, entregándose libremente al goce infinito de su pasión inspirada por el ardor de su doble juventud, sin más testigos que el crepúsculo rosado como las mejillas de la virgen griega al recibir el primer beso del amante; sin más pensamiento que perderse, abismarse en su felicidad, como si fuera el amor toda la vida y en el amor debiera sorprenderles la muerte. ¿No es ese un poeta del Mediodía? La verdad es que el viento revuelto, el torbellino de

los hechos que apenas podemos comprender, lanzan hoy todos los poetas por la faz de la tierra para que transformen la poesía particular, la poesía de raza, en la poesía universal, en la poesía humana. No es Byron el único desterrado, el único que ha ido á pedir inspiraciones al mudéjar alcázar de Sevilla y al gigantesco esqueleto del Coliseo y á las ruinas del Partenón. Chateaubriand ha recorrido desde los sepulcros de Jerusalem, donde yacen las sociedades antiguas, hasta la catarata del Niágara, que mece la cuna de las nuevas sociedades. Goethe se ha desprendido de las selvas del Norte para besar, peregrino de la religión y del arte, los mármoles griegos bajo los arcos triunfales del Vaticano. El rayo ha lanzado la cuna de Victor Hugo á España, y estuvo á punto de lanzar el sepulcro de Victor Hugo á Inglaterra, para que tuviese su oriente en el genio de Calderon y su ocaso en el genio de Shakespeare. Hugo Foscolo, con su sangre griega y su poesía italiana, ha cantado entre las brumas de los mares del Norte. El Rhin acarició la infancia de Heine, y el Sena lloró sus agonías, como si fuera su genio el ánfora única donde pudieran encontrarse esas dos corrientes enemigas rojas de sangre. Mazzini escribe sus profecías sociales desde Londres. Quinet medita sobre el apocalipsis de la revolución á las orillas de Lemán, y en frente de los Alpes, sobre ese pequeño átomo de tierra llamado Suiza, que la libertad ha convertido en el mundo inmenso de la fe y de la esperanza, en el refugio de la virtud y de la conciencia. Todos esos grandes poetas no son, no, fantasmas que la naturaleza forzada para que los dispersen el dolor y la desgracia. Ese coro de aves misteriosas, de aves celestes que traen el alimento de lo ideal en su pico y el eco de lo infinito en su cántico, van por el mundo para mecerse en todos los vientos, para beber todos los jugos de la madre tierra, para oír todos los poemas de la Historia, para formar, por fin, la Iliada del porvenir, la Iliada del trabajo sustituyendo á la guerra, la Iliada del derecho sustituyendo al privilegio, la Iliada de la humanidad, que en cada pueblo formará un coro y entonará un cántico. Cuando el poeta, que es tan profundamente individualista y de tan pura sangre sajona como Byron, ha podido transformar su genio en el arco iris donde se descomponen todos los matices del espíritu humano, ¿qué no podrían hacer, qué no podrán intentar los hijos de razas más humanitarias, dotados de carácter más flexible, y con la conciencia más empapada en la sublime concepción de un ideal Humanitario? De todos modos, el gran genio que ha vivido repitiendo la inmensa escala de los cánticos de todos los pueblos, y que ha muerto joven, malogrado, porque el pueblo que fué el verdadero iniciador de la libertad, el verdadero poeta de la Historia, el artifice de la personalidad humana, el revelador de la conciencia, bien merece ser contado en la Biblia de los progresos humanos entre nuestros profetas y nuestros mártires. Ha errado mucho, pero también ha sido el eco de un siglo incierto. «Te perdono, porque has amado mucho», puede la historia decirle. Y nuestra edad, el principio del siglo, al descubrir la cabeza apolina de Byron, cruzada de rayos y de sombras, podrá exclamar: «Hé ahí mi imagen, hé ahí mi símbolo.»